

Newton Compton Editores

Título original: *The Last Secret of The Secret Annex*

© 2015, Joop van Wijk-Voskuijl y Jeroen De Bruyn
© 2024, Bep Voskuijl Producties BV. Publicado según acuerdo con The Foreign Office Agència Literària y Bernstein Literary Agency.
© 2024, de la traducción por Jesús Jiménez Cañada
© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-75-0
Código IBIC: FA
DL: B 16.877-2023

Composición:
Sergi Godia

Diseño de interiores:
David Pablo

Impreso en enero de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Joop van Wijk-Voskuijl
Jeroen De Bruyn

El último secreto de Ana Frank

Traducción de Jesús Jiménez Cañada



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*Para los (bis)netos de Bep Voskuijl.
Robin, Elly, Jochem, Hester, Casper, Rebecca, Kay-Lee y Ryan:
las nuevas generaciones, herederas de esta historia.*

PRÓLOGO

Una carta desde Bélgica

Este proyecto no dio comienzo como una investigación en los rincones más oscuros de la casa de atrás. Empezó con una carta que me envió en 2009 un chico de quince años de Amberes llamado Jeroen De Bruyn. Al igual que sucedió con millones de otros jóvenes, el diario de Ana Frank había conmovido a Jeroen. Su madre se lo leyó por primera vez cuando tenía solo seis años.

Jeroen había sido, sin duda alguna, un chico curioso e inusualmente maduro. En cuanto fue capaz de entender que el mundo había estado en guerra, le pidió a su madre que le contase más detalles al respecto. Ella le contó las historias que había oído de pequeña: vecinos obligados a llevar estrellas amarillas y cohetes V2 que estallaban en las calles de Amberes. La siguiente pregunta de Jeroen fue aquella que los niños siempre hacen y que los adultos suelen obviar: ¿por qué?

Su madre no tenía respuesta, así que recurrió a uno de los documentos más famosos de la época: *Het Achterhuis* («La casa de atrás»), conocido en inglés como *The Diary of a Young Girl*. Habrá quien piense que Jeroen era demasiado joven para un texto tan complejo, pero creo que solemos subestimar las capacidades de comprensión o expresión de los niños, tal y como con tanta contundencia demuestra el propio diario de Ana. Además, la madre de Jeroen no le leyó todo el diario, solo algunos fragmentos, evitando con cuidado los pasajes más sobrecogedores.

Jeroen estaba fascinado. Pasaba horas contemplando las fotos en blanco y negro de la estantería giratoria, y los pequeños y angostos confines de la casa de atrás. No comprendía con su joven mente por qué familias enteras, incluso niños pequeños, tenían

que ocultarse como ratones para evitar ser asesinados. Comenzó a hacerle más preguntas a su madre sobre la guerra, y poco a poco ella le fue proporcionando otros libros infantiles sobre el tema. Pocos años después, Jeroen comenzó a sacar libros de la biblioteca por sí mismo. Sus padres creían que su creciente interés resultaba extraño, pero eran europeos progresistas de mente abierta, más inclinados a explicar la dura realidad del mundo que a ocultarla.

Con el tiempo, los libros infantiles y las películas animadas dieron paso a densas historias y documentales granulosos. Las historias y las imágenes se volvieron más explícitas, más terribles. A los doce años, Jeroen había visto todas y cada una de las películas disponibles sobre el Holocausto; el documental de nueve horas de Claude Lanzmann, *Shoah*, fue el que más impresión le causó. Y había leído todos los libros que encontró sobre Ana Frank.

Cuanto más aprendía Jeroen, menos entendía. ¿Cómo era posible que hubiera sucedido todo aquello en las mismas tranquilas calles arboladas por las que andaba todos los días? ¿Cómo era posible que su abuela, la misma mujer que le enviaba tonterías por mensaje de texto, lo hubiera visto todo con sus propios ojos? Vecinos detenidos. Esvásticas en las calles. La ciudad en llamas.

La abuela de Jeroen se llamaba Anne. Nació el mismo año que Ana Frank, 1929, y durante la Segunda Guerra Mundial vivió durante un tiempo con sus abuelos a menos de un kilómetro del apartamento de la familia Frank en el sur de Ámsterdam. En los primeros días de la ocupación se enamoró de un chico judío llamado Louis. Aunque logró escapar de los nazis escondiéndose en la campiña holandesa, la mayor parte de su familia murió en el campo de exterminio de Sobibor, en el este de Polonia, donde la aterradora cantidad de treinta y cuatro mil judíos holandeses fueron asesinados en aproximadamente cinco meses, entre marzo y julio de 1943. ¿Fue esa abuela, Anne, de la misma edad, la misma ciudad, el mismo nombre, quien avivó la obsesión de Jeroen por Ana Frank? Porque en eso se convirtió: en una obsesión, en una necesidad de saber todo lo que había pasado en la casa de atrás.

Jeroen imprimió cientos de artículos, hizo álbumes de recortes,

pasó las vacaciones escolares en Ámsterdam, en la Casa de Ana Frank. Compró una edición académica del diario y estudió las notas a pie de página. Su profesor pensaba que su «investigación», el conjunto en constante expansión de archivos que creó sobre cada aspecto del caso, era solo el pasatiempo de un colegial con demasiado tiempo libre; una afición que acabaría por quedar en nada. Sin embargo, Jeroen era todo un emprendedor, incluso de adolescente, y era muy capaz de leer entre líneas. No solo le interesaba lo conocido sobre el caso, sino también todo lo que se desconocía o se había malinterpretado. Comenzó a centrarse en las personas que habían custodiado la casa de atrás, aquellos que habían arriesgado sus vidas para mantener a Ana y a su familia a salvo durante setecientos sesenta y un días, hasta que, poco antes de la liberación, todos fueron misteriosamente traicionados.

Jeroen se dio cuenta, mientras leía, de que tres de los «ayudantes», como se los conoce en holandés, ya habían sido estudiados exhaustivamente: habían dado numerosas entrevistas y escrito sus propias memorias, o bien habían sido objeto de libros y documentales. Sin embargo, había otra ayudante, que resultó ser la más joven, de la cual no se sabía casi nada. La explicación habitual del motivo por el que había tan poca información disponible sobre esa ayudante era que se trataba de una persona de naturaleza tímida y modesta, y había desempeñado un papel menor en el drama de la casa secreta. Sin embargo, Jeroen tenía claro que, según las pruebas, nada de ello era cierto.

De hecho, Jeroen comenzaba a sospechar que la ayudante más joven podría haber sido la más importante para Ana. Era su mejor amiga, su confidente más cercana. Ante el gran peligro al que se enfrentaban, esa ayudante había actuado de forma heroica. Y sin embargo, por alguna razón que Jeroen no alcanzaba a comprender, había pasado toda su vida tras la guerra dando de lado todo lo que había hecho.

Esa persona era mi madre, Bep Voskuijl.

Desde el momento en que la Gestapo descubrió la casa secreta, el 4 de agosto de 1944, hasta su muerte, el 6 de mayo de 1983,

mi madre evitó conscientemente el tema de Ana Frank. Rechazó el reconocimiento público por su participación en el caso y se abstuvo de hablar sobre el papel que había desempeñado con su familia más cercana, aunque en privado lloró la pérdida de su joven amiga, y de hecho llegó a honrar su memoria poniéndole el nombre de Ana a su única hija. El motivo de esa reticencia no tenía nada que ver con la naturaleza discreta de Bep, como se había creído hasta el momento. Lo que sucedía era que Bep estaba traumatizada por lo que había vivido, y evitaba llamar la atención sobre su papel porque guardaba secretos que no quería revelar; secretos que tenía la intención de llevarse a la tumba.

Jeroen sabía que ahí había una historia. El único problema: él tenía solo catorce años. Sin la participación de la familia de Bep, de las personas que la conocían, que tenían acceso a cualquier documento que ella hubiera legado y que siguieran con vida, solo podría llegar hasta cierto punto a la hora de escribir una biografía. Sin embargo, Jeroen temía, y con razón, que rechazaríamos sus intentos debido a su edad e inexperiencia.

En 2008, Jeroen cumplió quince años, la misma edad que tenía Ana cuando murió de tifus en el campo de concentración de Bergen-Belsen. Poco después de su cumpleaños decidió al fin acercarse a mi familia. No logró encontrar un modo de ponerse en contacto con nosotros directamente, por lo que escribió a Miep Gies, en ese entonces la única ayudante de la casa de atrás que seguía con vida. Su hijo, Paul, atendió la solicitud y la envió a dos de mis hermanos. Ambos dijeron que no estaban interesados en hablar sobre nuestra madre y que, de todos modos, tenían poco que decir sobre ella. En la nota, Jeroen no había mencionado su edad ni sus antecedentes, pero después de que aquel primer intento fracasara decidió enviarnos una carta más larga, una misiva escrita con el corazón.

En cinco páginas describió sus intenciones, los documentos que había encontrado y nuevos hechos que había reunido, y luego pidió permiso para entrevistarnos. Todavía no se atrevía a revelar su auténtica edad, así que añadió unos meses de más y se

hizo pasar por un joven de dieciséis años. Luego mandó la carta a la Casa de Ana Frank, en Ámsterdam. El personal del museo me la reenvió a mí.

«Soy un chico de dieciséis años de Amberes –comenzaba la carta de Jeroen–. Llevo mucho tiempo interesado en la historia de Ana Frank». Jeroen mencionaba en la carta su fascinación por la casa de atrás, y explicaba que, poco a poco, su atención había pasado de Ana a los ayudantes y luego a mi madre. Le sorprendía que «se supiera tan poco» sobre ella. Dijo que había «reunido un archivo» en el que intentaba «unir las piezas del rompecabezas». Cada dato nuevo que descubría, ya fuera en una polvorienta cinta de bobina abierta o en la hemeroteca de un periódico, le hacía sentirse «eufórico», según afirmaba. Sentía que mi madre había sido una especie de doble de Ana, una joven custodia al otro lado de la estantería, una amiga cercana que también se había enamorado durante la guerra, que había tenido sus propias peleas con padres y hermanos, que había pasado la ocupación viviendo con miedo de ser descubierta. Bep seguía siendo poco más que un esbozo, pero, según afirmó Jeroen, «poco a poco la voy conociendo mejor».

La juventud de Jeroen despertaba mi escepticismo, pero lo me impactó al instante fue su sincero deseo de entender a mi madre. En cierto modo, yo había tenido ese mismo anhelo durante toda la vida. Antes de recibir la carta, nadie me había preguntado jamás sobre su papel en la historia de Ana Frank. El mundo exterior no estaba al tanto de su pasado, y dentro de la familia teníamos la norma tácita de no sacar nunca el tema de la guerra.

Sin embargo, con los años, mi madre me contó cosas que ocultó a todos los demás, incluso a mi padre y a mis hermanos. Durante una temporada fui para mi madre en cierta medida lo mismo que ella había sido para Ana: un confidente y protector. Sin embargo, los giros de la vida habían complicado nuestra relación; a pesar de lo cercanos que fuimos, nunca llegué a entender el motivo exacto por el que su experiencia la torturaba y la atormentaba de aquella manera.

Le respondí a Jeroen que debíamos quedar y que estaría encantado de ir a visitarlo a su casa en Amberes para ver qué había descubierto, así como para concretar los detalles de su propuesta. Viajé con mi mujer, Ingrid, desde nuestra casa en el este de los Países Bajos. Jeroen me pareció un chico serio, dulce y muy centrado. Había cubierto la mesa de la cocina de sus padres con libros, todos ellos repletos de pósts amarillos, y había trazado un esquema detallado para nuestra conversación. Acababa de dar con una grabación difícil de encontrar de una entrevista que Bep había dado durante un viaje a Canadá a finales de la década de 1970. Me puso la cinta, y fue la primera vez que oí la voz de mi madre en más de tres décadas.

No pude sino sentir que aquel encuentro con Jeroen estaba casi predestinado. Durante años, yo había custodiado los secretos de mi madre, y en aquel momento me di cuenta de que había estado a la espera de una oportunidad para compartirlos, para darles sentido o, como había dicho Jeroen, para unir las piezas del rompecabezas. Lo que no sabíamos aquel día era que el proceso nos llevaría más de una década. Todavía no estoy seguro de por qué confié los secretos de mi familia a aquel adolescente, o por qué le conté cosas que llevaban mucho tiempo enterradas. Quizá me desarmó su juventud.

Fuese como fuese, le dije que lo ayudaría en todo lo que fuera posible. No esperaba que los demás miembros de mi familia hicieran lo mismo, pero, cuando me puse en contacto con cada uno de ellos, ninguno se opuso a mi participación. Por supuesto, por aquel entonces no eran capaces de imaginar algunas de las incómodas conclusiones a las que nos llevarían las pruebas, el rastro de traición que llegaríamos a descubrir. En contra de la percepción con la que habíamos crecido, los Voskuijl no fueron tan distintos de otras familias de Ámsterdam durante la guerra, cuando colaboradores y opositores a menudo vivían bajo el mismo techo.

Al principio, yo no tenía la menor intención de aparecer como coautor. Pretendía ser simplemente el guía de Jeroen: iba a compartir mis conocimientos y abrirle las puertas que pudiera. Sin

embargo, quedó claro que, a medida que la historia cambiaba, se expandía y se acercaba más al meollo del asunto, Jeroen no sería capaz de escribirla él solo. Al final decidimos que, a pesar de nuestra diferencia de edad, de los distintos trasfondos de los que proveníamos, seríamos socios en el proyecto. En aras de la claridad, y para transmitir mejor mi experiencia directa al haberme criado a la sombra de la casa de atrás, íbamos a escribir el libro con mi voz. Sin embargo, esta historia le pertenece tanto a Jeroen como a mí. Lo he visto crecer, pasar de ser un adolescente precoz a un periodista consumado. Echo la vista atrás, contemplo nuestra labor conjunta y me siento casi como un padre orgulloso. Lo cual, por cierto, tiene que ver con el tema central del libro, al fin y al cabo: aunque hablemos de guerra y del Holocausto, de colaboradores y traidores, este libro solo puede contarse como una historia familiar. Y, como mi madre sabía bien, hay dos tipos de lazos familiares: uno se forja por nacimiento y el otro por las circunstancias.

JOOP VAN WIJK-VOSKUIJL
Heemstede, Holanda
Marzo de 2023

PARTE I

ANA

«Nunca han dicho una sola palabra sobre la carga
que debe de suponerles, nunca se han quejado».

Ana Frank sobre sus ayudantes,

28 de enero de 1944

CAPÍTULO 1

La estantería se abre

En un año cualquiera, alrededor de un millón de personas pasean por las tranquilas orillas del canal Prinsengracht de Ámsterdam, y se dirigen al almacén número 263. Una vez dentro, suben una empinada escalera, entran en un estrecho pasillo de oficinas y se encuentran con una desgastada estantería de madera que es también un portal a un mundo secreto.

La estantería está montada sobre unas bisagras, y al girar revela una puerta. Los visitantes se adentran en un estrecho laberinto de habitaciones, donde tratan de imaginar cómo era ser Ana Frank: el miedo implacable, las rendijas de luz diurna, el castaño al otro lado de la ventana, el niño de arriba, las risas ahogadas, el aburrimiento, las discusiones, la esperanza tenaz. Y la decisión de escribirlo todo, de dejar por escrito esa voz, a la vez ingenua y madura, y a menudo muy divertida. Una voz que nos sigue hablando hoy en día.

Casi todos los años hago mi propia peregrinación a la Casa de Ana Frank. Me convierto en uno de esos millones de visitantes de la casa de atrás. Cada vez que voy pienso en Ana, claro, y en su familia, y en los otros cuatro judíos que se escondieron allí, así como en los veintiocho mil judíos que se escondían al mismo tiempo en otros rincones de los Países Bajos. Pero también pienso en Johan Voskuijl, mi abuelo materno, el hombre que construyó aquella estantería giratoria y la instaló en el más absoluto secreto durante el verano de 1942. ¿Qué llevó a aquel holandés corriente a hacer algo tan peligroso? ¿Qué lo animó a arriesgar su vida para ocultar a judíos cuando tantos de sus compatriotas los denunciaban a la Gestapo?

Ver las cifras nunca resulta sencillo. El setenta y cinco por ciento de los judíos holandeses fueron asesinados en el Holocausto, lo cual otorga a los Países Bajos la tasa de mortalidad más alta de todos los países de Europa Occidental que fueron ocupados por los nazis. Solo regresaron con vida cinco mil de los ciento siete mil judíos holandeses enviados a los campos. Uno de esos pocos «afortunados» fue el padre de Ana, Otto Frank. Medía metro ochenta (lo recuerdo enorme cuando yo era niño), pero pesaba menos de cuarenta y cinco kilos cuando salió de Auschwitz.

Cuando regresó a Ámsterdam, Otto ya sabía que su mujer había fallecido. «Mi única esperanza son los niños –escribió en 1945 a su madre, que vivía en Suiza–. Me aferro a la convicción de que están vivos y de que volveremos a estar juntos». Mientras esperaba noticias de Ana y de su hija mayor, Margot, visitó a mi abuelo, que estaba postrado en la cama. Johan tenía cáncer de estómago y le quedaban pocos meses de vida.

A menudo recuerdo ese momento, el encuentro de dos padres al borde del abismo. Pienso en la impotencia que debieron de sentir y me pregunto qué consuelo, si es que lo hubo, pudieron obtener el uno del otro. ¿Se dieron la mano? ¿Se abrazaron? ¿Qué se dijeron? ¿Comentaron quién podría haberlos traicionado? ¿Le dijo Otto a Johan que estaba preocupado por Bep y que pretendía hacer lo que acabó haciendo: cuidar de mi madre cuando Johan ya no estuviera, convirtiéndose así en una especie de padre sustituto? Todas estas dudas me asaltan cuando entro en la casa de atrás. Me he pasado toda la vida planteándomelas, y ahora, a mis setenta y tres años, quiero respuestas, quiero acercarme a la verdad todo lo que pueda, aunque resulte... incómoda. Al fin estoy preparado para comprender la historia de Ana Frank junto con la de mi familia, preparado para ver la casa de atrás desde ambos lados de la estantería. Mi objetivo es resolver el misterio que nos ha unido, un misterio que atormentó la vida de mi madre y abrió un agujero en nuestra familia. Una herida que aún no se ha cerrado.

Un fantasma en la tienda de golosinas

Mi madre fue una sorpresa, o, podría decirse, un accidente.

Cuando mi abuela, Christina Sodenkamp, descubrió que estaba embarazada en el invierno de 1918, con diecinueve años de edad, se consideraba demasiado joven para tener hijos. Llevaba pocos meses de noviazgo con Johan Voskuijl, de veintiséis años. Nunca habían abordado el tema del matrimonio. No estaban enamorados, y tenían una relación problemática que acabaría por cuajar con el tiempo. Pero ¿qué podía hacer? En aquellos años, según las normas correctas en sociedad, no había elección. Así pues, Johan y Christina se casaron; intercambiaron los votos nupciales en su ciudad natal, Ámsterdam, en febrero de 1919. Mi madre, Elisabeth Voskuijl, nació unos meses más tarde, el 5 de julio.

Fue un bebé rollizo de cara redonda y labios arrugados. A veces la llamaban «Bep» como diminutivo, y otras «Elli». Al cabo de un tiempo se impuso «Bep», que se mantuvo durante el resto de la vida de mi madre. Así que cuando Ana, imaginando una futura edición publicada de su diario, le dio a mi madre el seudónimo de Elli, fue casi como si activara un *alter ego* que había permanecido latente desde la infancia de Bep.

Los primeros años de mi madre fueron relativamente idílicos, comparados con lo que vendría después. Aunque su padre, Johan, no había recibido educación formal, era un autodidacta, bueno con los números y muy trabajador. Aprendió contabilidad por sí mismo con libros de texto y cursos por correspondencia. Hacia 1920 consiguió un empleo fijo como contable que le permitió formar una familia cada vez mayor con relativa comodidad. Su segunda hija, Anne, llegó en 1920, seguida de tres niñas más: Willy en 1922, Nelly en 1923 y Corrie en 1924. A pesar de todas esas bocas a las que alimentar, en 1926, cuando Bep tenía siete años, la familia tenía suficiente estabilidad económica como para mudarse de aquel lúgubre barrio obrero a un espacioso apartamento en el segundo piso de una casa esquinera en Fraunhoferstraat, en Watergraafsmeer, un ajardinado barrio residencial al este de Ámsterdam.

Durante unos cuantos años, mi madre disfrutó de una infancia holandesa de cuento: ropa bonita para ir al colegio, buena comida en la mesa, misa los domingos, vacaciones de verano en la playa con los amigos. Sin embargo, la vida en casa de los Voskuijl nunca fue precisamente cálida y acogedora. Johan era un padre estricto. Pertenecía a la Iglesia reformada holandesa, que exigía que sus hijos guardaran silencio durante las comidas, pues consideraba que la comida era un regalo de Dios. Sus actos de generosidad no eran de palabra, sino de obra. Dotado para la carpintería, astuto y paciente, le encantaba construir intrincados aviones de madera y otros juguetes para los cumpleaños de sus hijos. «Todo lo que viera papá con los ojos –decía mi tía Willy–, sus manos eran capaces de construirlo».

A mi madre le iba bien en la escuela, sobre todo en clase de Matemáticas y Holandés. Había heredado la memoria fotográfica de Johan y su mismo don para los números, habilidades que le serían muy útiles más adelante. Estudiaba mucho, hacía sus deberes semanales y le encantaba jugar al aire libre con los niños del barrio.

Entre ellos había un niño llamado Jacob. Tenía más o menos la edad de Bep y vivía dos pisos por debajo de los Voskuijl, en un apartamento situado detrás de la droguería y de la tienda de golosinas de su familia, Nabarro, que ocupaba la planta baja del edificio. Años después de la guerra, mi madre y yo pasamos por delante de su antigua residencia en Fraunhoferstraat. Me contó que el escaparate de la tienda, que entonces ocupaba un comercio de pinturas, había estado lleno de bandejas de caramelos, bajo las que ella solía meterse cuando jugaban al escondite. Aún recuerdo el brillo extraño y vidrioso en su mirada cuando me contó aquella historia.

Después de que los nazis invadieran los Países Bajos en 1940 obligaron a la Policía de Ámsterdam a recopilar una lista de todos los negocios de propiedad judía de la ciudad. No olvidaron incluir la tienda Nabarro. Primero se obligó a los no judíos a boicotear el negocio. Luego la cerraron. En 1942, Jacob, su hermana pequeña Selma y sus padres fueron forzados a subir a un tren con destino

al campo de tránsito de Westerbork, y desde allí fueron deportados a Auschwitz, donde los cuatro fueron asesinados. La familia directa de Jacob no fue la única rama del árbol en ser cercenada. Su abuelo y dos de sus tías fueron gaseadas en Sobibor; tres de sus tíos y otra tía murieron en Auschwitz. Trece de sus primos también murieron en los campos.

No sé si mi madre sabía lo que le había ocurrido a la familia de Jacob, o si pensaba en ellos cuando me contaba cómo se escondía bajo las bandejas de caramelos. Pero si menciono esta anécdota es porque quiero dejar claro lo siguiente: quien conozca solo el caso de Ana Frank de la historia holandesa del Holocausto puede haberse hecho una idea falsa de lo que ocurrió aquí.

Tal y como explicó uno de los supervivientes holandeses del Holocausto años después de la guerra, el diario de Ana Frank sirvió como una gran «acción de relaciones públicas» para los Países Bajos, ya que dio a la gente la impresión errónea de que «todos los judíos estaban escondidos aquí, y de que toda la población holandesa era parte de la Resistencia», de que todos hicieron lo mismo que mi madre y arriesgaron la vida para salvar a sus vecinos judíos ante las narices de los captores nazis, los auténticos «malos». Pero la verdad, que había permanecido oculta durante mucho tiempo tras lo que el escritor holandés Geert Mak denominó «nuestras impolutas fachadas y maceteros», es mucho más turbia.

Los alemanes estaban al frente del Holocausto en los Países Bajos, pero fueron los holandeses quienes lo llevaron a cabo, y en palabras de Adolf Eichmann, «lo ejecutaron con una precisión de reloj». Los historiadores han revelado el alcance total de nuestra colaboración, en la que participaron, según estimaciones, medio millón de ciudadanos. Por otro lado, nunca hubo más de sesenta oficiales alemanes en Ámsterdam en ningún momento de la ocupación (aunque el gran número de tropas alistadas hizo de los alemanes una presencia visible). Esto implica que, en general, fueron los holandeses quienes detuvieron a los judíos. Fueron los burócratas holandeses quienes trazaron los mapas y las listas que señalaban su ubicación. Fueron los funcionarios

holandeses quienes confiscaron sus posesiones y estamparon las «J» en los documentos de identidad. En las noches de redadas, la Oficina Municipal de Transportes de Ámsterdam organizó tranvías especiales para transportar a los judíos desde los puntos de reunión hasta la estación central, mientras que la Compañía de Ferrocarriles Neerlandeses estableció trenes nocturnos hasta Westerbork y la frontera alemana. Puede que algún funcionario o revisor se negase a trabajar durante estos turnos, pero no se menciona en los registros oficiales.

Exceptuando unos pocos casos heroicos, los agentes de la ley holandeses aceptaron sin titubear su nuevo trabajo como cazadores de judíos.

—En lo que respecta a la cuestión judía —dijo el austriaco Johann Rauter, jefe de las SS en Ámsterdam, a su superior, Heinrich Himmler, en 1942—, la Policía holandesa se comporta de manera sobresaliente y captura cientos de judíos día y noche.

Otro oficial de las SS, Willy Lages, un nombre que cobrará importancia en esta historia, estimó después de la guerra que «no habríamos podido detener ni al diez por ciento de los judíos» sin la ayuda de la Policía holandesa.

Tiempos difíciles

Así que vuelvo a la pregunta que hizo Jeroen a su madre cuando era pequeño: ¿por qué? Puede que nunca obtengamos una respuesta totalmente satisfactoria, pero para empezar a forjarnos una respuesta posible y comprender lo que les ocurrió a los Frank, a la familia de Jacob y a mi propia familia, debemos remontarnos a los años previos a la guerra, a la década de 1930, cuando la vida normal comenzó a resquebrajarse.

Ana Frank nació el 12 de junio de 1929. Cuatro meses después, la bolsa de Nueva York se desplomó y sumió al mundo entero en una crisis económica. A principios de los años treinta, casi uno de cada cinco ciudadanos de Ámsterdam estaba en paro. Recortaron

los servicios sociales, lo que provocó disturbios y huelgas. Se arrojaron muchos ladrillos. La familia de Bep no se salvó: Johan perdió su trabajo fijo. Con su padre sin trabajo, Bep tuvo que dejar la escuela cuando solo tenía doce años para ayudar a cuidar de sus hermanos. Su único hermano varón, Joop, por quien me pusieron a mí el nombre, había nacido en 1928. Y las últimas de sus hermanas, las gemelas Diny y Gerda, nacieron en julio de 1932.

Bep pasó la mayor parte de su adolescencia cuidando de los niños, y en el tiempo que le quedaba libre trabajó como sirvienta, camarera en una cafetería, en una panadería..., cualquier cosa con tal de contribuir con unos pocos florines a la economía familiar. Crecí escuchando historias sobre la pobreza de esos años, agravada por el recuerdo de cómo eran las cosas antes de aquello. La familia tuvo que dejar el encantador apartamento sobre la tienda de golosinas y mudarse a un piso de cuatro habitaciones en Lumeijstraat, en un sórdido barrio obrero del oeste de Ámsterdam. El lugar habría sido pequeño para una familia de cinco, pero para una de diez era un disparate.

Cada semana, Johan subía a las mellizas a su bicicleta e iba a la beneficencia, donde le daban una caja con pan, mantequilla, azúcar y virutas de fruta (*vruchtenbagel* en holandés), que se usaba para aderezar los bocadillos y no comer solo pan. A medida que avanzaba la depresión financiera, las prestaciones públicas se reducían drásticamente. La inflación aumentó. Los Voskuijl intentaron apretarse aún más el cinturón. Ya no había dinero para ropa nueva, toallas o paños de cocina. En casa nunca había jabón suficiente y solo quedaba una esponja áspera para lavarse. Las gemelas dormían juntas en una cama individual; cuando hacía mucho frío, usaban la chaqueta de su padre como manta. Para ahorrar electricidad empleaban velas para iluminar la casa por la noche.

Todo el dinero que la familia conseguía reunir se usaba para comida. Christina escatimaba y ahorraba en la cocina. Preparaba platos frugales, como guisos de patatas aderezados con trocitos de salchicha. A Johan le correspondía la mitad de la olla, mientras

que el resto se repartía a partes iguales entre su mujer y sus hijos. Las hijas de Christina recordaron más tarde que, incluso en los días más oscuros de la depresión, los platos que preparaba siempre eran sabrosos, aunque nunca hubiera suficiente para todos. A medida que avanzaban los años treinta parecía que cada vez tenían menos posesiones. A Johan le quedaban pocas esperanzas. Se limitaba a apretar los dientes y decirles a sus hijos: «Tenemos que seguir adelante».

No solo la población de los Países Bajos estaba al límite. En la Alemania de principios de los años treinta, Otto Frank fue testigo de la disolución de todo aquello que antaño había sido su hogar. Su familia, propietaria de un pequeño banco, estaba profundamente arraigada en la clase alta de la comunidad judía de Fráncfort. Otto, judío liberal y laico, había crecido sin educación religiosa y se sentía ante todo ciudadano alemán. Estaba orgulloso de su servicio como oficial de infantería en la Primera Guerra Mundial. Estaba convencido de que se había ganado un lugar en el país y de que su familia tenía futuro allí.

No le gustaba ser exclusivista. En lugar de criar a sus dos hijas en el privilegiado enclave judío de Fráncfort, él y su esposa, Edith, decidieron mudarse al barrio de Marbachweg, más rural y más alemán, de clase media, donde vivían pocos judíos. Al principio fueron felices. Sin embargo, la fortuna de la familia decayó de pronto a principios de los años treinta. Tras el crac bursátil, el banco de los Frank perdió el noventa por ciento de sus ingresos. Las condiciones económicas empeoraron en toda Alemania: subidas de impuestos, desempleo, recortes en la seguridad social. Todo ello enfureció a la gente, y Adolf Hitler se aprovechó de su ira. La participación de los nacionalsocialistas del voto alemán pasó del tres por ciento el año anterior a la caída de la bolsa al treinta y siete por ciento en el verano de 1932.

Otto era siempre educado y no le gustaba quejarse ni siquiera cuando la vida en Alemania empezó a ponerse difícil. No le gustaba tachar de antisemita cualquier mala mirada o palabra

desagradable. Sostenía que, a principios de los años treinta, sus vecinos de Marbachweg no habían discriminado a su familia. Sin embargo, el casero de los Frank era miembro del partido nazi, y sus propios amigos del barrio mencionaron más tarde que la familia se había sentido amenazada allí y que las niñas se habían asustado al ver desfilar las tropas de asalto cantando himnos nazis. A principios de los años treinta huyeron del barrio y acabaron viviendo con la madre de Otto en el centro de Fráncfort. Pero sus problemas no terminaron ahí.

En enero de 1933, Hitler se convirtió en canciller de Alemania. Casi de inmediato hubo indicios de lo que estaba por venir. Aquella primavera se estableció el primer campo de concentración en Dachau. El Gobierno decretó un boicot nacional contra las empresas judías. Numerosos estudiantes en Berlín quemaron miles de libros de autores judíos. A partir de pequeños detalles, Otto comprendió que las políticas antijudías de Hitler estaban afectando a su familia. Su hija mayor, Margot, fue segregada de los alumnos arios de su escuela; le dijeron que tenía que sentarse en un extremo del aula con sus compañeros judíos. Su hija menor, Ana, estaba a punto de empezar el jardín de infancia. ¿Qué tipo de niñez podía esperar en la Alemania nazi?

Otto decidió por fin que había llegado el momento de empezar de nuevo. Una vida nueva en una ciudad nueva. La familia tenía buenos motivos para elegir Ámsterdam. Otto había pasado allí parte de los años veinte, trabajando para el banco de su familia. Hablaba holandés a nivel funcional y aún tenía contactos comerciales allí. ¿Era segura? Los Países Bajos tenían frontera con Alemania, pero a los europeos de la época les parecía un país tan políticamente neutral y ajeno a la contienda como Suiza. Los holandeses no habían luchado en la Primera Guerra Mundial y se habían mantenido al margen de todos los conflictos continentales de los últimos tiempos. Además, los judíos siempre habían sido una presencia visible y aceptada en Ámsterdam, donde vivían en relativa paz.

En teoría, Otto tenía otras opciones. Tenía familia y contactos en Francia, Gran Bretaña, Suiza y Estados Unidos, pero necesi-

taría un permiso de residencia para emigrar a cualquiera de esos países. Y para ello le urgía una forma de ganar dinero. En Ámsterdam creyó encontrarla. El cuñado de Otto, Erich Elias, tenía un contacto en una fábrica de Fráncfort que producía pectina, un aditivo alimentario utilizado para espesar jaleas y mermeladas, que vendía a los consumidores bajo la marca Opekta. Elias había abierto recientemente una sucursal de Opekta en Suiza y pensó que Otto podría repetir su éxito en los Países Bajos. Para ello, Otto tendría que enseñar a las amas de casa holandesas, que llevaban generaciones fabricando su propia mermelada, una forma nueva y mejorada de hacer las cosas. Era, desde luego un negocio complejo, pero sería su negocio. Y lo más importante era que sacaría a su familia de Alemania.

Almuerzo en la Merry

Cuando cumplió dieciséis años, mi madre ya no parecía una niña pequeña, sino la joven modesta y robusta que se ve en las exposiciones de la Casa de Ana Frank. Tenía una sonrisita tímida, cara de lechuza y unos preciosos ojos azul verdoso que sus gafas ocultaban parcialmente. Llevaba cintas en el pelo rizado y colorete en las mejillas. Puede que no fuera una gran belleza, pero tenía una mente afilada y suficiente sentido común para saber que la estaba desperdiciando al dedicarse a cambiar pañales en Lumeijstraat. Sentada en un pasillo oscuro y sin ventanas, ayudando a sus hermanas pequeñas a estudiar conjugaciones verbales en neerlandés a la luz de las velas, mi madre sentía que podía hacer mucho más con su vida.

Decidió seguir el ejemplo de su padre y aprender un oficio. En 1937 se matriculó en el Instituut Schoevers, una escuela nocturna para chicas y mujeres que querían aprender secretariado. A los dieciocho años ya había obtenido certificados de taquigrafía, contabilidad y alemán. No hubo ningún giro del destino que la llevara a trabajar en Opekta; la vacante se anunciaba en el perió-

dico. En algún momento de la primavera de 1937 la mandaron llamar a la oficina de Opekta en Singel Canal, donde estaba la empresa antes de instalarse en Prinsengracht, para una entrevista. A Otto le gustó enseguida y la contrató como taquimecanógrafa, aunque sus responsabilidades no tardaron en aumentar considerablemente.

Bep estaba contenta por haber encontrado un trabajo, pero Opekta pronto se convirtió en algo más. La oficina estaba formada por un grupo de personas muy unidas tanto por el afecto como por sus obligaciones profesionales, un grupo al que no tardaría en empezar a referirse como el Círculo Opekta. Todos los días almorzaba con su compañera de trabajo, Miep Gies, una enjuta mujer originaria de Australia, casi en la treintena, que gestionaba los salarios y respondía a las consultas de los clientes sobre los productos que vendían. Miep y Bep hablaban de todo: de Henk, el chico atractivo del almacén de abajo; de las agotadoras hermanas de Bep; de sus escasas perspectivas sentimentales. Y, por supuesto, de su jefe.

Bep nunca había conocido a nadie con la mezcla de elegancia y amabilidad de Otto. Su marcado acento alemán y sus intentos imperfectos de hablar neerlandés no hacían sino aumentar su encanto. Unos meses después de empezar a trabajar, Otto invitó a Bep a almorzar a casa de su familia. Miep, invitada habitual de los Frank, le dijo que no se preocupara, que no se trataba de una prueba, sino de la forma que tenía el señor Frank de darle la bienvenida.

Los Frank vivían en una urbanización nueva, la Merwedeplein, en el barrio de Rivers de Ámsterdam, donde se habían instalado recientemente muchas familias que habían huido de Alemania. Aproximadamente un tercio de la población del barrio era judía. Los apartamentos de ladrillo marrón, con pequeños balcones y contraventanas de madera blanca, estaban dispuestos a lo largo de una plaza triangular cubierta de hierba donde jugaban los niños cuando hacía buen tiempo.

La vida en la Merry, como la llamaba Ana, era cómoda. La mayo-

ría de los apartamentos se habían construido en la última década, y todo parecía nuevo y limpio, lo cual lo convertía en un lugar ideal para gente desarraigada, una pizarra en blanco. El apartamento de los Frank deslumbró a Bep: los caros muebles que habían traído de Alemania; el antiguo reloj de pie; la biblioteca de Otto, que contenía libros en varios idiomas. Sin embargo, nada parecía recargado ni excesivamente grandioso, y por todas partes había muñecas, lápices de colores y juguetes infantiles. La vida en casa de los Frank parecía girar en torno a las niñas: Margot, de doce años, y Ana, de nueve.

Las dos hijas de Otto no podían ser más diferentes. Margot había sido un bebé extraordinariamente tranquilo que había dormido toda la noche casi desde que nació. La pequeña Ana, por el contrario, era muy difícil: solía sufrir cólicos, y a menudo necesitaba que Otto le frotara la tripa durante horas antes de volver a dormirse. Margot se había convertido en una chica bibliófila, introspectiva y un poco perfeccionista. Sopesaba cuidadosamente sus palabras y, en consecuencia, no hablaba mucho.

Ana, una vez superada su timidez inicial, parecía no parar de hablar. La niña de nueve años era una amalgama de contradicciones: sus ojos y su sonrisa expresaban muchísima vitalidad, si bien en realidad era bastante enfermiza. Su madre la llamaba *zärtlein* («frágil»). Era demasiado débil para ir a clase de gimnasia y sufría una serie de dolencias, desde tosferina hasta varicela, pasando por leves problemas cardíacos, que la mantenían postrada en cama durante semanas. Cautelosa con los extraños, también podía ser directa y beligerante. Cuando solo tenía cuatro años, subió con su abuela a un vagón de tranvía abarrotado y se enfadó tanto porque nadie se levantó que les soltó un ladrido a los demás pasajeros: «¿Es que nadie va a dejar que mi abuela se siente?».

Ana tenía los ojos verdes, pestañas largas y una sonrisa adorable de dientes prominentes. Se recogía el pelo oscuro con un pasador. Debido a su carácter idiosincrásico (algunos lo describirían como difícil), sus padres decidieron enviarla a una escuela Montessori de Ámsterdam, donde cada alumno podía expresar su personalidad

individual dentro de un plan de estudios que se hacía a medida de sus intereses.

Bep estaba sorprendida de que existiera una institución en la que las matemáticas se enseñaban como si de un juego se tratase. Sin embargo, muchas cosas de la vida de los Frank tenían aspecto de juego, de diversión. Por algún motivo, las niñas llamaban a su padre «Pim» y él les escribía poemas divertidos para sus cumpleaños y se inventaba para ellas tiernas historias sobre dos hadas invisibles (la Paula buena y la Paula mala), cuyo escondite podían descubrir si se quedaban absolutamente inmóviles y calladas.

A Bep le encantaban tanto el ambiente como la libertad de la familia Frank. Johan le había enseñado a ser discreta, ya que en su casa los niños «debían ser vistos, no oídos». Sin embargo, en Merwedeplein aprendió a participar en la conversación. Además, allí todo era muy agradable. La señora Frank les ofrecía sabrosos panecillos con crema de queso y fideos de azúcar. Había limonada y leche que venía en botella, no en las latas desgastadas a las que Bep estaba acostumbrada en su casa. Cada plato de la mesa le parecía más lujoso que el anterior, y todos estaban servidos en una bandeja giratoria, de modo que podía echar mano de lo que se le antojase.

Bep rara vez había visto comida de tanta calidad. Tampoco se había encontrado con padres que escucharan a sus hijas casi como si les interesara lo que tenían que decir.

—Era obvio —me dijo mi madre— que veníamos de mundos diferentes.

A Ana le encantaban las visitas de Bep. Quizá por haber crecido cuidando de sus hermanas pequeñas, sabía exactamente qué preguntas hacer para poner en marcha los engranajes de la mente de Ana. A veces, Ana se pasaba por el despacho de Opekta y jugueteaba con la máquina de escribir de Bep. Un día, decía Ana, se ganaría la vida con una de aquellas máquinas. Soñaba con ser periodista, pero decía con gran seriedad que sus ambiciones profesionales no le impedirían tener una familia. Esperaba casarse con el «hombre de mis sueños» y tener muchos hijos. Yo

imaginaba la sonrisa de mi madre al oír semejante afirmación de aquella niña precoz, la expresión abierta del rostro de Bep, que vendría a decir «cuéntame más».

Bep le sacaba diez años de edad a Ana, pero su vínculo era inquebrantable y pronto se convertiría en esencial para la supervivencia de ambas.